

Reencuentro

Alberto Lovera

La situación que vive Venezuela no nos deja ocuparnos de otra cosa que no sea cómo salir del laberinto conflictivo en el cual tratamos de encontrar una opción constructiva y democrática. Hay muchos asuntos que abordar en nuestro ámbito específico de interés profesional y científico, pero para ello requerimos un piso básico: unas reglas sociales compartidas y una institucionalidad desde las cuales impulsar proyectos diversos para la construcción de nuestro país.

La actividad de investigación científica y tecnológica está afectada por los acontecimientos que nos envuelven. No se trata sólo de las persistentes restricciones de financiamiento, y de los cambios pendientes en su desempeño, organización y vínculo con su entorno social, ellas están allí para reiterarnos que siguen erigiéndose como obstáculos y retos pero, más importante que ellos, las instituciones de educación superior, ciencia y tecnología, y las revistas del área no podemos hacer caso omiso de lo que sucede en el país que nos alberga y al cual nos debemos.

El debate y el conflicto nacional nos compromete y nos arropa. Referirnos a nuestros problemas, retos y compromisos específicos, aunque útil y necesario, nos luce una tarea que requiere simultáneamente abonar la tierra donde esos esfuerzos puedan fructificar, y en esa tarea tenemos la responsabilidad como comunidad científica, tecnológica y cultural de dar una contribución sustancial.

No nos cansaremos de insistir en que la fractura que vive la sociedad venezolana hunde sus raíces en procesos de vieja data, aunque las piezas para atender nuestros problemas no requieren hacer una suerte de tabula rasa con el pasado, pero sí corregir las desviaciones que se han producido. Hay un haber, no sólo un débito, en el camino recorrido como nación. La ignorancia de este hecho es uno de los factores que ha bloqueado abordar los cambios necesarios con una óptica más constructiva: emprender las tareas pendientes, corrigiendo errores y carencias pero basándonos en las fortalezas heredadas, deslastrarnos de lo que hay que desechar e innovar en aquellos aspectos que requieren respuestas nuevas a realidades inéditas. No se puede cambiar sin reparar en la experiencia acumulada, hay que dotar los proyectos y las acciones de un empeño de mejorar, corregir, enmendar, pero también innovar, sin negar la herencia de un esfuerzo nacional de muchas décadas.

La equidad no es posible sin un entorno productivo viable, regulando la acción de los agentes económicos, donde el Estado tiene mucho que hacer, pero sin ignorar los distintos actores sociales, ni dejar de concertar, velando para evitar que la exclusión social ponga en peligro tanto la viabilidad económica como la atención a que las necesidades de la población. Cuando se menosprecia la sinergia entre competitividad y equidad se abona el camino que conduce a una sociedad preñada de conflictos que dejan sin respuesta los requerimientos del mundo del trabajo y del capital, vale decir, ningún modelo económico-social puede ser viable en el tiempo si desatiende alguno de estos sectores, y si no se comprende que esa relación conflictiva requiere de la intervención reguladora del Estado.

Desde afuera y desde dentro del aparato del Estado los intentos por hacer entender esta compleja madeja de la realidad socioeconómica y cultural se han encontrado con enormes dificultades, ayudados por cierto por quienes abrazan posiciones extremas de un lado u otro.

Los que siguen pensando que basta el imperio de las leyes del mercado, que lo demás vendrá por añadidura, ignoran los enormes problemas que ha significado sustituir la fe irrestricta en la acción del Estado por el imperio omnipotente del mercado, algo que hasta los más fieles creyentes de estas tesis han estado revisando, rindiéndose ante la evidencia de una realidad que nos sigue diciendo que el asunto es mucho más complejo y requiere de respuestas que se resisten tanto a la ortodoxia estatista como a la neoliberal.

Los que creen poder revivir un protagonismo excesivo del Estado (con frecuencia confundiéndolo con el del gobierno) en todos los órdenes de la vida social, olvidan las enormes distorsiones que han producido estos ensayos, de lo cual sobran ejemplos en muchas latitudes. Mucho más si se piensa que la solución de nuestros problemas requiere exacerbar las contradicciones entre unos sectores y otros, buscando imponer los intereses de una parte, interpretados según una óptica sectaria y excluyente, ignorando los desastres económicos y sociales a los cuales han conducido esos intentos de ingeniería social.

La experiencia histórica nos enseña que más allá de los desencuentros y conflictos que nos enfrentan por intereses diversos, hay que diseñar un camino que nos permita acordarnos en la diversidad. No hay otra forma para construir una sociedad democrática.

La encrucijada en la que nos encontramos como sociedad nos obliga a la producción colectiva de un reencuentro como sociedad, no para evadir conflictos y diferencias, sino para reivindicar la posibilidad de construir un camino, un clima social y un estructura institucional en el cual podamos vivir creativamente en medio de la diversidad, reencontrarnos en la difícil tarea de empujar un proyecto colectivo, no exento de intereses diversos, pero hallando un horizonte como país que podamos compartir, pero con mecanismos para procesar nuestras diferencias y decidir democráticamente qué rumbo tomar. Reencontraros para no ser hermanos enemigos, sino ciudadanos empeñados en un destino común capaz de reflejar la diversidad que somos.

Si logramos ese reencuentro, los asuntos de la comunidad científica y tecnológica tendrán un piso para diseñar rutas y proyectos prometedores. La ciencia, la tecnología y la educación no pueden prosperar sino en un clima democrático respetuoso de la diversidad, valga la redundancia. Eso no será posible si no nos reencontramos como ciudadanos capaces de coincidir y polemizar, pero también capaces de compartir un destino común.